

tiernos de inocentes; los patos, de pellejos más duros, exhibían las palmas de sus patas; tres pavas soberbias, picadas de azul como una barba recién afeitada, dormían boca arriba, con la pechuga recosida, sobre el negro abanico de sus colas. Al lado, en unos platos, estaban puestos los menudillos, el hígado, la molleja, y el cuello, las patas, los alones; y en una fuente ovalada estaba acostado un conejo despellejado y destripado, con las cuatro patas separadas, sanguinolenta la cabeza y el pellejo del vientre rajado, mostrando los dos riñones; un hilillo de sangre había fluído a lo largo de la rabadilla hasta la cola, desde la cual había manchado, gota a gota, la palidez de la porcelana. Marjolin ni siquiera había limpiado la mesa de cortar, en la que aún se veían las patas del conejo. Tenía los ojos medio cerrados; a su alrededor, en los tres estantes que por dentro adornaban la tienda, había otros montones de aves muertas, aves en cucuruchos de papel como ramilletes, cordones continuos de muslos doblados y de abombadas pechugas, que entreveía confusamente. En el fondo de todas aquellas cosas de comer, su gran cuerpo rubio, sus mejillas, sus manos, su cuello poderoso de rojizo vello, tenían la delicada carne de las pavas soberbias, y la redondez del vientre de los gansos cebados.

Cuando vió entrar a la bella Lisa, Marjolin se levantó bruscamente, sonrojándose por haber sido sorprendido tumbado de aquel modo. Siempre estaba ante ella muy tímido, turbadísimo. Y cuando la salchichera le preguntó si estaba allí el señor Gavard:

—No, no lo sé—balbuceó.—Estaba aquí hace un momento, pero se ha vuelto a marchar.

Lisa sonreía al mirarle, pues experimentaba por él gran simpatía. Como dejase colgando una

mano, sintió en ella un roce tibio que le hizo exhalar un débil grito. Bajo la mesa-escaparate, en una jaula, unos conejos vivos alargaban el cuello, oliéndole las faldas.

—¡Ah! dijo riéndose.—Son tus conejos que me hacen cosquillas.

Agachóse y quiso acariciar a un conejo blanco, que se refugió en un rincón de la jaula. Después, irguiéndose de nuevo:

—¿Y volverá pronto el señor Gavard?

Marjolin respondió otra vez que lo ignoraba. Sus manos temblaban un tanto. Y agregó con voz vacilante:

—Tal vez está en el depósito... Creo que me ha dicho que iba a bajar.

—Tengo deseos de esperarle, entonces—contestó Lisa.—Podríamos hacerle saber que estoy aquí... A no ser que yo baje.... ¡Toma! Es una buena idea. Hace cinco años que quiero ver los depósitos... Tú me acompañarás, ¿verdad? Y me lo explicarás todo.

Marjolin se había puesto coloradísimo. Salió precipitadamente de la tienda, andando delante de la salchichera, abandonando el mostrador y repitiendo:

—Lo que usted quiera... todo lo que usted quiera, madame Quénu.

Pero, ya abajo, el aire negro del sótano sofocó a la hermosa tendera. Permanecía sobre el último peldaño, levantando la vista y contemplando la bóveda, construída con hileras de ladrillos blancos y rojos, formando chatos arcos que descansaban en vigas de hierro fundido y eran sostenidos por una columnitas. Lo que detenía allí a Lisa, más aún que la obscuridad, era un olor cálido, penetrante, una exhalación de animales vivos, cuyos álcalis le picaban en la nariz y en la garganta,



—Esto huele mal—murmuró.—No sería sano vivir aquí.

—Yo estoy muy bueno—respondió Marjolin asombrado.—El olor no es malo cuando se acostumbra uno a él. Además, se está muy caliente en invierno, y muy cómodo.

Lisa le siguió, diciendo que aquel violento tufo de aves le repugnaba y que con seguridad no podría comer pollo en dos meses. Los depósitos, los estrechos departamentos en que los vendedores guardan sus animales vivos, alargaban sus callejuelas regulares, cortadas en ángulos rectos. Los mecheros de gas eran escasos, y las callejuelas dormían silenciosas, parecidas a un rincón de aldea cuando la gente está en la calma. Marjolin hizo tocar a Lisa el enrejado de apretadas mallas, tendido sobre cuadros de hierro colado. Y mientras recorría una calle, la salchichera leía los nombres de los almacenistas, escritos en placas azules.

—El señor Gavard está en lo más hondo—dijo el joven, que seguía andando.

Dieron una vuelta a la izquierda, y llegaron a un callejón sin salida, en el que no penetraba ni un hilillo de luz. Gavard no estaba allí.

—No importa—dijo Marjolin.—A pesar de ello, le voy a enseñar a usted nuestras aves. Yo tengo una llave del depósito.

La bella Lisa entró detrás de él en aquella noche espesa. Allí le encontró de pronto entre medio de sus faldas; creyó que era ella la que se le había echado encima y retrocedió; y se reía, diciendo:

—Si crees que voy a ver tus aves dentro de este horno...

Marjolin no respondió en seguida; al cabo de un rato balbuceó que siempre había una vela en el depósito. Pero no acababa de encontrar el ojo

de la cerradura. Al ayudarle Lisa, sintió en el cuello un aliento cálido. Cuando Marjolin hubo por fin abierto la puerta y encendido la bujía, la salchichera le vió tan tembloroso, que exclamó:

—¡Animalucho! ¿A qué viene el ponerse de ese modo porque una puerta no se quiere abrir? Eres una señorita, a pesar de tus buenos puños.

Penetró en el depósito. Gavard tenía alquilados dos compartimientos, de los que había hecho un solo gallinero, quitando el tabique que los separaba. En el suelo, en el estercolero, las aves grandes, gansos, pavos, patos, chapoteaban; arriba, en las tres hileras de estantes, unas jaulas planas contenían pollos y conejos. El enrejado del depósito estaba polvoriento hasta más no poder, y lleno de telarañas hasta tal punto, que parecía provisto de grises estores; los orines de los conejos carcomían los tableros inferiores; el excremento de las aves manchaba las tablas de salpicaduras blancuzcas. Pero Lisa no quiso disgustar a Marjolin mostrando más sus ascos. Metió los dedos por entre los barrotes de las jaulas, lamentando la suerte de aquellos desgraciados pollos amontonados que ni siquiera derechos podían estar. Acarició a un pato acurrucado en un rincón, con una pata rota, mientras que el muchacho le decía que lo matarían aquella misma tarde, por miedo de que se muriera durante la noche.

—Pero—preguntó Lisa,—¿cómo se las componen para comer?

Entonces Marjolin le explicó que las aves no quieren comer sin luz. Los vendedores se ven obligados a encender una vela y a esperar allí hasta que los bichos hayan terminado.

—Eso me divierte—continuó.—Les hago luz durante horas enteras. Hay que ver los picota-



zos que dan... Después, cuando tapo la vela con la mano, se quedan todos con el cuello levantado, como si hubiera puesto el sol... Y es que está terminantemente prohibido irse dejando la vela encendida. Una vendedora, la tía Palette, a quien usted conoce, por poco lo quema todo el otro día; sin duda un pollo debió de hacer caer la luz sobre la paja...

—¡Bien!—dijo Lisa.—¡Pues no son poco comodonas las aves, si hay que encenderles las lámparas a cada comida!

Esto la hizo reír. Había salido del depósito, limpiándose los pies y levantándose un poco las faldas para librarlas de la basura. El apagó la bujía y cerró la puerta. Lisa sintió miedo de volver a penetrar en la noche, al lado de aquel muchachón, y echó a andar delante para no volverle a sentir entre las faldas. Cuando Marjolin la hubo alcanzado, dijo ella:

—No obstante, me alegro de haber visto esto. Hay, debajo de estos Mercados, cosas que no se podrían imaginar. Muchas gracias, chico... Voy a subir en seguida; en la tienda no sabrán ya dónde me he metido. Si vuelve el señor Gavard, dile que tengo que hablarle en seguida.

—Sin duda—dijo Marjolin—debe de estar en las piedras de la matanza... Podemos ir a verlo, si usted quiere.

Lisa no respondió, oprimida por aquel aire tibio que le calentaba el rostro. Estaba encendidísima, y su busto distendido, tan muerto de ordinario, adquiría un estremecimiento. La inquietó, le produjo malestar el oír detrás de sí el paso presuroso de Marjolin, que le parecía como jadeante. Se echó a un lado y le dejó que pasara delante. La aldea de callejuelas negras seguía durmiendo. Lisa se percató de que su acompañante tomaba el camino más largo. Cuando des-

embocaron por frente a la vía férrea, le dijo Marjolin que le había querido enseñar el camino de hierro; y permanecieron allí un instante, mirando al través de las hendiduras de los gruesos tablones de la empalizada. Marjolin le ofreció hacerle visitar la vía. Ella se negó, diciendo que no valía la pena, que ya veía bien lo que era. Cuando volvían, hallaron a la tía Palette delante de su depósito, quitando las cuerdas de un gran cesto cuadrado, en el cual se oía un ruido furioso de alas y de patas. Cuando la vendedora hubo deshecho el último nudo, bruscamente aparecieron grandes cuellos de ganso, que, haciendo de resortes, levantaban la tapa. Los gansos se escaparon, aterrados, con la cabeza hacia adelante, entre silbidos y castañeteos de pico que llenaron la sombra del sótano con una música espantosa. Lisa no pudo contener la risa, a pesar de las lamentaciones de la vendedora de aves, desesperada, blasfemando como un carretero, y llevando, cogidos del cuello, dos gansos que había conseguido recuperar. Marjolin se había puesto en persecución de un tercer ganso. Se le oyó correr a lo largo de las calles, despistado, divirtiéndose con aquella caza; después hubo un ruido de batalla en el fondo de todo, y Marjolin volvió con el animal. La tía Palette, una anciana amarilla, cogió al ganso entre los brazos y lo conservó un momento sobre su vientre, en la postura de la Leda de la antigüedad.

—¡Ah, bueno!—dijo.—Si no llegas a estar aquí... El otro día me peleé yo con uno; tenía encima el cuchillo y le corté el cuello.

Marjolin estaba medio asfixiado. Cuando llegaron a las piedras de la matanza, a la claridad más viva del gas, Lisa le vió cubierto de sudor, con los ojos reluciendo con una llama que ella



no les conocía. De ordinario, el chico bajaba los párpados ante ella, lo mismo que una niña. A Lisa le pareció entonces un guapo mozo, con sus anchos hombros, su gran cara encendida dentro de los bucles de sus cabellos rubios. Y le contemplaba con tanta complacencia, con ese aire de admiración sin peligro que se puede mostrar a los muchachos demasiado jóvenes, que una vez más Marjolin se sintió tímido.

—Ya ves que el señor Gavard no está aquí— le dijo.—No me hagas perder el tiempo.

Entonces, con palabra rápida, Marjolin le explicó la matanza en aquellos cinco enormes bancos de piedra que se extendían por el lado de la calle de Rambuteau, bajo la amarilla claridad de los tragaluces y de los mecheros de gas. En un extremo había una mujer matando unos pollos, lo cual condujo a Marjolin a hacer observar a Lisa que la mujer desplumaba el ave casi viva, porque es más fácil. Después quiso que cogiese puñados de plumas de los grandes montones que sobre los bancos de piedra yacían; decía que aquellas plumas eran escogidas y que se vendían hasta a nueve sueldos la libra, según su finura. Lisa tuvo que hundir también la mano en el fondo de las grandes cestas llenas de plumón. En seguida hizo girar Marjolin los grifos de las fuentes, colocadas en cada pilar. No acababa nunca de dar detalles. La sangre fluía a lo largo de los bancos, formaba charcos sobre las losas. Cada dos horas había mozos que lavaban a gran chorro, quitando las rojas manchas con cepillos duros. Cuando se inclinó Lisa sobre la boca de albañal que sirve para el desagüe, Marjolin le contó que en los días de tempestad, el día había llegado a alcanzar treinta centímetros de altura, y había sido preciso refugiarse a las aguas que invadía los sótanos por aquel hueco. Un

aves en la otra extremidad del sótano, que formó declive. Aun se estaba riendo del ruido que armaron los bichos aferrados. Entretanto, ya había acabado, ya no hallaba nada más que explicar, cuando se acordó del ventilador. Llevó a Lisa al fondo, le hizo levantar la vista, y la salchichera vió, en el interior de una de las torrecillas de los ángulos, una especie de tubo de respiración muy ancho, por donde subía el aire nauseabundo de los depósitos.

Calló Marjolin en aquel rincón apestado por la afluencia de olores. Era una rudeza alcalina de guano. Pero el muchacho parecía despertado y como azotado. Ensanchábansele las narices, y respiraba con fuerza, como si recobrara audacias de apetito. En el cuarto de hora que llevaba en el subsuelo con la bella Lisa, aquel tufillo, aquel calor de animales vivos le emborrachaba. Ahora, no sentía ya timidez alguna; sentíase acometido del celo que caldeaba el estercolero de los gallineros, bajo aquella bóveda chata, negra de sombras.

—Bueno, vamos—dijo la bella Lisa.—Eres un buen muchacho, por haberme enseñado todo esto... Cuando vayas a la salchichería, te daré alguna cosa.

Le había tomado la barbilla, como solía hacer con frecuencia, sin ver que había crecido. Verdaderamente estaba algo emocionada; emocionada por aquel paseo bajo tierra, con una emoción dulcísima que le gustaba sentir, como cosa permitida y sin segunda intención ninguna. Tal vez tuvo la mano algún más tiempo que de costumbre en aquella barbilla de adolescente, tan delicada al tacto. Entonces él, ante aquella caricia, cediendo a un impulso del instinto, y asegurándose, con una mirada oblicua, de que no había nadie allí, se echó un poco atrás y se arro-



jó con fuerza de toro sobre la bella Lisa. La había cogido por los hombros. La hizo retroceder hasta un gran cesto de plumas, en donde cayó como una masa, con las faldas subidas hasta las rodillas. Y la iba a asir por la cintura, como cogía a Cadina, con una brutalidad de animal que roba y se llena, cuando, sin gritar, y palidísima por aquella brusca agresión, Lisa salió de la cesta de un bote. Levantó el brazo, como había visto hacer en los mataderos, cerró su puño de mujer hermosa, y derribó a Marjolin de un solo golpe entre los dos ojos. Cayó Marjolin, y se abrió la cabeza contra la esquina de una piedra de matanza. En aquel momento, el canto de un gallo, ronco y prolongado, brotó de las tinieblas.

La bella Lisa se quedó por completo fría. Había fruncido los labios, y su seno había recobrado las mudas redondeces que le hacían asemejarse a un vientre. Sobre su cabeza oía el apagado retumbar de los Mercados. Por los tragaluces de la calle de Rambuteau, en el gran silencio ahogado del sótano, caían los ruidos de la acera. Y Lisa pensaba que solamente aquellos gruesos brazos la habían salvado. Sacudió las plumas que se le habían quedado pegadas a las faldas. Después, temiendo ser sorprendida, sin mirar a Marjolin, se fué. En la escalera, cuando hubo traspuesto la reja, la claridad del pleno día fué para ella un gran alivio.

Regresó a la salchichería muy tranquila, un tanto pálida.

—Mucho has tardado—le dijo Quénu.

—No he podido encontrar a Gavard, y eso que le he buscado por todas partes—respondió Lisa tranquilamente.—Comeremos sin él.

Hizo llenar el pote de manteca que encontró vacío, y cortó chuletas para su amiga madame Taboureau, que le había mandado a su criadita.

Los golpes de machete que daba sobre la tabla le recordaron a Marjolin, allá abajo, en el sótano. Pero no se reprochaba nada. Había obrado como una mujer honrada. No iba a comprometer su sosiego por aquel pilluelo; estaba demasiado a gusto entre su marido y su hija. Sin embargo, miró a Quénu; éste tenía en la nuca una piel áspera, una tira rojiza, y su afeitada barba tenía una rugosidad de nudosa madera; en tanto que la nuca y la barba del otro parecían de terciopelo color de rosa. No había que pensar más en ello, puesto que el chico pensaba cosas imposibles. Era un pequeño goce permitido que Lisa echaba de menos, diciéndose que verdaderamente los niños crecen demasiado deprisa.

Como sus mejillas estaban invadidas por débiles llamas, Quénu la halló "divinamente bien". Se había sentado un instante junto a ella en el mostrador, y repetía:

—Tendrías que salir más a menudo. Eso te sienta muy bien... Si quieres, iremos al teatro, una de estas noches, a la Gaieté, donde ha visto madame Taboureau esa pieza que está tan bien...

Sonrió Lisa y dijo que ya se vería. Después, desapareció de nuevo. Quénu pensó que su mujer era demasiado buena por correr así detrás de aquel animal de Gavard. No la había visto tomar la escalera. Lisa acababa de subir a la alcoba de Florencio, cuya llave quedaba colgada de un clavo de la cocina. Esperaba averiguar algo en aquella habitación, puesto que no quería ya contar con el vendedor de aves. Dió lentamente la vuelta a la alcoba, examinó el lecho, la chimenea, los cuatro rincones. La ventana del tejadillo estaba abierta, y la planta se bañaba en el polvillo de oro del sol poniente. Entonces, pareció a Lisa que la criada de la tienda no había abandonado aquella estancia, y que había dor-



mido en ella la noche precedente; allí no olía a hombre. Fué un asombro, porque la salchichera esperaba encontrar cajas sospechosas, muebles de gruesas cerraduras. Fué a palpar el traje de verano de Agustina, que seguía colgado de la pared. Luego, se sentó al fin delante de la mesa, leyendo una página comenzada, en la que la palabra "revolución" estaba escrita dos veces. Se asustó, y abrió el cajón de la mesa, que vio lleno de papeles. Pero su honradez despertó de nuevo en presencia de aquel secreto tan mal guardado por aquella fementida mesa de madera blanca. Permanecía inclinada encima de los papeles, intentando comprenderlos sin tocarlos, muy conmovida, cuando el agudo canto del pinzón, cuya jaula bañaba un rayo oblicuo, la hizo estremecerse. Cerró el cajón de golpe. Estaba muy mal lo que había ido a hacer allí.

Como quedara absorta, cerca de la ventana, diciéndose que debía ir a pedir consejo al padre Roustan, hombre prudente y sabio, distinguió, allá abajo, en el cuadrado de los mercados, una reunión de gente alrededor de unas parihuelas. Caía la noche; pero Lisa conoció perfectamente a Cadina que lloraba, en medio del grupo; en tanto que Florencio y Claudio, con los pies blancos de polvo, hablaban vivamente, en el borde de la acera. Lisa se apresuró a bajar, sorprendida por su vuelta. Y apenas había llegado al mostrador, cuando entró mademoiselle Saget, diciendo:

—Es ese picaronazo de Marjolin a quien acaban de encontrar en los sótanos, con la cabeza abierta. ¿No viene usted a verle, Madame Quénu?

Lisa atravesó el arroyo para ver a Marjolin. El muchacho estaba tendido, palidísimo, con los ojos cerrados, como un mechón de los rubios cabellos tieso y manchado de sangre. En el grupo

se decía que no sería nada, y que la culpa era de aquel pilluelo, que hacía las mil diabluras en los sótanos; suponíase que había querido asaltar una de las mesas de matanza, lo cual era uno de sus juegos favoritos, y que había caído con la frente contra la piedra. Mademoiselle Saget murmuraba, señalando a Cadina, que estaba llorando:

—Esa desarrapada debe de haber sido quien le ha empujado. Siempre están juntos por los rincones.

Marjolin, reanimado por la frescura de la calle, abrió los ojos con asombro. Examinó a todo el mundo; después, al ver el rostro de Lisa inclinado sobre él, le sonrió dulcemente, con aire humilde, con una caricia de sumisión. Parecíale que ya no se acordaba. Lisa, tranquilizada, dijo que era preciso transportarle en seguida al hospital; ella iría a verle y le llevaría naranjas y bizcochos. La cabeza de Marjolin había vuelto a caer hacia atrás. Cuando se llevaron las parihuelas, Cadina las siguió, llevando al cuello su bandeja, con sus ramitos de violetas clavados en un lecho de musgo, y sobre los cuales caían sus ardientes lágrimas, sin que la infeliz pensara ni por asomo en las flores que quemaba de aquel modo su gran pena.

Cuando Lisa entraba de nuevo en la salchichería, oyó a Claudio que estrechaba la mano de Florencio y se separaba de él diciendo:

—¡Ah, maldito golfo! Me has estropeado el día... ¡Tanto como nos habíamos divertido!...

Claudio y Florencio, en efecto, volvían cansadísimo y contentos. Traían consigo un aroma agradabilísimo de aire libre. Aquella mañana, antes del día, madame François había vendido ya sus legumbres. Los tres fueron en busca del carro al *Compás de Oro*, en la calle de Montor-



gueil. Fué como un anticipo del campo en pleno París. Detrás del restaurante Philippe, cuyo dorado maderamen sube hasta el primer piso, se halla un zaguán de alquería, negro y viviente, grasiento por el olor de la paja fresca y del estiercol caliente. Bandadas de pollos escarban con el pico la blanda tierra; construcciones de madera verdecida, escaleras, galerías, techumbres reventadas, se adosan a las viejas casas vecinas; y en el fondo, bajo un cobertizo de grandes vigas, esperaba Baltasar, enganchado, comiéndose su avena en un saco atado al cabestro. El animal bajó a trote corto la calle Montorgueil, con aire de satisfacción para volver tan pronto a Nanterre. Pero no se marchaba de vacío. La verdulera tenía hecho un pacto con la compañía encargada de la limpieza de los Mercados; dos veces por semana, se llevaba una carretada de hojas, cogidas con una horquilla en los montones de basura. Era un excelente abono. En unos minutos el carro estuvo atestado. Claudio y Florencio se tumbaron sobre aquel espeso lecho de verdura; madame François tomó las riendas y Baltasar partió con lento andar, con la cabeza algo baja por tener que tirar de tanta gente.

La excursión estaba proyectada hacia mucho tiempo. La verdulera se reía a sus anchas; quería a los dos hombres, y les prometía una tortilla con tocino como no se come en "ese maldito París". Ellos gozaban de la felicidad de un día de pereza y de holgazanería. A lo lejos, Nanterre, era una alegría pura en la cual iban a penetrar.

—¿Van ustedes bien aquí?—preguntó madame François al tomar por la calle del Puente Nuevo.

Claudio juró que "era blando como un colchón de casada". Tumbados ambos boca arriba, con las manos cruzadas bajo la cabeza, contem-

plaban el cielo pálido en que se iban apagando las estrellas. A lo largo de la calle de Rivoli se mantuvieron en silencio, esperando no ver más casas, y oyendo a la digna mujer que hablaba con Baltasar, diciéndole dulcemente:

—Tómalo con calma, vamos, viejo mio... No tenemos prisa... Ya llegaremos...

En los Campos Elíseos, cuando el pintor no vió ya por ambos lados más que copas de árboles, con la gran masa verde del jardín de las Tullerías en el fondo, pareció como que despertaba y se puso a hablar solo. Al pasar por delante de la calle de Roule, había mirado aquel portalón lateral de San Eustaquio, que se ve a lo lejos, por debajo del cobertizo de una calle cubierta de los Mercados. Volvía a hablar de él incesantemente, queriendo hallar en él un símbolo.

—Es una cosa curiosísima—decía—ese pedazo de iglesia encuadrado bajo esa avenida de hierro fundido... Esto matará a aquéllo; el hierro matará la piedra, y los tiempos se acercan... ¿Cree usted en la casualidad, Florencio? Yo me imagino que la necesidad de la alineación no es lo único que ha puesto de esa manera un rosetón de San Eustaquio en el mismo centro de los Mercados centrales... Vea usted, ahí hay todo un programa; es el arte moderno, el realismo, el naturalismo, como quiera usted llamarlo, que ha crecido en frente del arte antiguo... ¿No piensa usted lo mismo?

Como Florencio permaneciera callado, continuó el pintor:

—Esa iglesia, por otra parte, es de una arquitectura bastarda; la edad media agoniza en ella, y el renacimiento balbucea... ¿Ha observado usted qué iglesias nos construyen hoy día? Se parecen a todo lo que usted quiera, a Bibliotecas,



a Observatorios, a Palomares, a Casernas; pero con seguridad que no hay nadie convencido de que en ellas mora Dios. Los albañiles de Dios han muerto, y la gran sabiduría sería no construir esos feos esqueletos de piedra, en donde no tenemos nadie a quien alojar... Desde el principio del siglo, no se ha edificado más que un solo monumento original, un monumento que no se ha copiado de ninguna parte, que ha crecido naturalmente en el suelo de la época; y son los Mercados Centrales; ¿sabe usted, Florencio? una obra valiente, y que todavía no es más que una revelación tímida del siglo veinte... Por eso, pardiez, se ha hundido San Eustaquio. San Eustaquio está allá abajo con su rosetón, vacío de su devoto pueblo, en tanto que los Mercados se ensanchan a su lado, zumbantes de vida... ¡Eso es lo que yo veo, amigo mío!

—¡Ah! ¡Muy bien!—dijo riendo madame François.—¿Sabe usted, señor Claudio, que no le han engañado al venderle la lengua? Baltasar aguza el oído para oírle a usted... ¡Arre, Baltasar!

El carro subía lentamente. En aquella hora matutina, la avenida estaba desierta, con sus sillas de hierro alineadas en las dos aceras, y sus cuadros de césped, entrecortadas por arriates, que se hundían bajo la azulada sombra de los árboles. Poco después pasaron al trote corto un caballero y una amazona. Florencio, que se había formado una almohada con un paquete de hojas de col, seguía contemplando el cielo, en el que se encendía un gran resplandor rosado. A ratos, cerraba los ojos para sentir mejor la frescura de la mañana bañándole el rostro, y tan contento por alejarse de los Mercados, de ir hacia el aire puro, que se quedaba sin voz, no oyendo siquiera lo que a su lado se decía.

—¡Buenos están los que meten el arte en una caja de juguetes!—continuó Claudio al cabo de una pausa.—Es su gran argumento: no se hace arte con la ciencia; la industria mata la poesía; y todos los imbéciles se echan a llorar por las flores como si alguien pensara en hacer daño a las flores... En una palabra, que me ponen realmente fuera de mí... Me dan ganas de responder a esos llorones con obras de desafío... Me gustaría sublevar un poquito a esas buenas gentes... ¿Quieren ustedes que les diga cuál ha sido mi más hermosa obra, desde que trabajo, la obra cuyo recuerdo más me satisface? Es toda una historia... El año pasado, el día de Noche Buena, cuando estaba yo en casa de mi tía Lisa, el manco de la salchichería, ese idiota de Augusto, ya sabe usted, estaba arreglando el escaparate. ¡Ah, desgraciado! Me puso en el disparador por la manera muelle con que disponía el conjunto. Le rogué que se quitara de en medio, diciéndole que yo iba a pintar aquello, con algo de decencia. Figúrese usted que yo tenía todos los tonos vigorosos, el rojo de las lenguas embutidas, el amarillo de los jamoncillos, el azul de los papeles, el rosa de las piezas empezadas, el verde de las hojas, y sobre todo el negro de las morcillas, un negro soberbio que no he podido encontrar nunca en la paleta. Naturalmente, los redaños, las butifarras, las salchichas, los pies de cerdo rebosados me daban colores neutros de gran delicadeza. Entonces hice una verdadera obra de arte. Tomé las fuentes, los platos, los barreños, los tarros; dispuse los tonos y armé una naturaleza muerta asombrosa, en donde estallaban petardos de color, sostenidos por discretas gamas. Las lenguas rojas se alargaban con gula de llamas, y las negras morcillas, en el canto claro de las butifarras, ponían las tinieblas de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE HISTORIA  
"ALFONSO DE YES"  
Apto. 2025 MONTERREY, MEXICO



una indigestión formidable. Yo había pintado, ¿comprende? la glotonería de la Noche Buena, la hora de las doce dada al comijo, el hambre de los estómagos vaciados por los cánticos. Encima, una gran pava ostentaba su pechuga blanca, jaspeada bajo el pellejo por las manchas negras de las trufas. Aquello era bárbaro y soberbio, algo así como un vientre visto en una gloria, pero con una crudeza de toque, con tales arranques de ironía, que la muchedumbre se detuvo delante de la vitrina, inquieta por aquel escaparate que llameaba tan rudamente... Cuando mi tía Lisa volvió de la cocina, tuvo miedo, imaginándose que yo había pegado fuego a las grasas de la tienda. La pava, sobre todo, le pareció tan indecente, que me plantó en la calle, en tanto que Augusto, mostrando su estupidez, lo desbarata todo para arreglarlo de nuevo. Esos brutos no comprenderán nunca el lenguaje de una mancha roja puesta al lado de un mancha gris... Pero no importa. Aquella fué mi obra maestra... No he hecho nunca nada mejor.

Callóse, sonriente, como recogido en aquel recuerdo. El carro había llegado al arco de triunfo. Grandes ráfagas, en aquella cúspide, llegaban de las avenidas abiertas alrededor de la inmensa plaza. Florencio se incorporó, aspirando con fuerza los primeros olores de hierba que subían de las fortificaciones. Se volvió, y no volvió a mirar a París; quería ver el campo, a lo lejos. A la altura de la calle de Longchamp, madame François le enseñó el lugar en que le había recogido. Esto puso a Florencio muy pensativo. Contemplaba a la verdulera, tan sana y calmosa, con los brazos extendidos, sosteniendo las riendas. Era más hermosa que Lisa, con su pañuelo en la frente, su tez ruda, su aspecto de bondad brusca. Cuando hacía un ligero chasquido con la

lengua, Baltasar, irguiendo las orejas, alargaba el paso sobre el empedrado.

Al llegar a Nanterre, el carro tiró a la izquierda, entró en una callejuela estrecha, pasó a lo largo de unas murallas y fué a detenerse en el mismo fondo de un callejón sin salida. Aquello era el fin del mundo, como decía la verdulera. Fué preciso descargar las hojas de col. Claudio y Florencio no quisieron que se molestara el mozo jardinero, que estaba ocupado plantando hierbas. Armáronse cada uno de una horquilla para arrojar el montón de hojas al estercolero. Esto les divirtió mucho. Claudio sentía amistad por el estercolero. Los desperdicios de las legumbres, el barro de los Mercados, la basura caída de aquella mesa gigantesca, permanecían vivos, volvían al sitio en que habían crecido las legumbres, para dar calor a otras generaciones de coles, de nabos, de zanahorias. Volvían a brotar en frutos soberbios, y volvían a exhibirse en el Mercado. París lo pudría todo; lo devolvía todo a la tierra que, sin cansarse nunca, reparaba la muerte.

—Mire usted—dijo Claudio al dar el último golpe con la horquilla.—Ahí tiene usted un troncho de col que reconozco. Es por lo menos la décima vez que brota en aquel rincón, allá abajo, cerca del albaricoque.

Esta idea hizo reír a Florencio. Pero volvió a ponerse grave y se paseó lentamente por el huerto, en tanto que Claudio sacaba un boceto de la cuadra y que madame François preparaba el almuerzo. El huerto formaba una larga faja de tierra, dividida en dos en el centro por una estrecha senda. Formaba un poco de cuesta; y en todo lo alto, al levantar la cabeza, se divisaban las casernas bajas del Mont-Valérien. Setos vivos le separaban de otras piezas de tierras; aquellas



paredes de ojiacantos, muy elevadas, limitaban el horizonte con una cortina verde; tanto que, de todo el paisaje colindante, se hubiera dicho que sólo el Mont-Valerien se erguía curiosamente para mirar el cercado de madame François. Un gran sosiego llegaba de aquella campiña que no se veía. Entre los cuatro setos, a lo largo del huerto, el sol de mayo adquiría como un espasmo de tibieza, un silencio lleno de zumbidos de insectos, una somnolencia de parto feliz. Por ciertos crujidos, por ciertos suspiros leves, parecía que se oyese nacer y crecer las legumbres. Los cuadros de espinacas y de acederas, las tiras de rapónchigos, de nabos, de zanahorias, los grandes plantíos de patatas y de coles, ostentaban sus lienzos regulares, su terruño negro, verdecido por los penachos de las hojas. Más lejos, las líneas de escarolas y lechugas, las cebollas, los puerros, los apios, alineados, plantados a cordel, parecían soldados de plomo en formación; en tanto que los guisantes y las habichuelas comenzaban a enrollar sus débiles tallos, en el bosque de rodrigones, que, en junio, tenían que trocar en espesa floresta. Ni una mala hierba se veía. Se hubiera tomado el huerto por dos alfombras paralelas de dibujos regulares, verdes sobre fondo rojizo, que eran cepilladas cuidadosamente cada mañana. Borduras de tomillo ponían franjas grises a los dos lados de la senda.

Florencio iba y venía entre el olor de tomillo que el sol caldeaba. Sentíase profundamente dichoso por la paz y la limpieza de la tierra. Desde hacía cerca de un año, no veía las legumbres más que marchitas por los vaivenes de los carromatos arrancados el día anterior y como sangrando todavía. Y se regocijaba al hallarlas en su propia casa, tranquilas en el terruño, con todos los miembros en buena salud. Las coles te-

nían un rostro ancho de prosperidad, las zanahorias estaban alegres, las escarolas y lechugas mostraban en sus hileras indolencia de holgazanas. Entonces, los Mercados que habían abandonado por la mañana le parecieron un vasto osario, un lugar de muerte en el que no se veía más que el cadáver de los seres, un pudridero de hedor y de descomposición. Y acortaba el paso, y descansaba en el huerto de madame François como de una larga marcha entre medio de ruidos ensordecedores y de emanaciones infectas. El bullicio, la humedad nauseabunda del pabellón del pescado, huían de él; renacía al aire puro. Claudio tenía razón; todo agonizaba en los Mercados. La tierra era la vida, la cuna eterna, la salud del mundo.

—¡La tortilla está lista!—gritó la verdulera.

Cuando los tres se hubieron sentado a la mesa, en la cocina, con la puerta abierta al sol, comieron tan alegremente, que madame François, maravillada, miraba a Florencio, repitiendo a cada bocado.

—Usted no es el mismo; tiene usted diez años menos. Ese maldito París es el que le ennegrece a usted de ese modo. Me parece, ahora, que tiene usted un golpe de sol en los ojos... Ya ve usted, las grandes ciudades no valen nada; usted tendría que venir a vivir aquí.

Claudio se reía, decía que París era soberbio. Defendía hasta los arroyuelos, a pesar de conservar viva ternura por el campo. Por la tarde, madame François y Florencio se hallaron solos al final del huerto, en una esquina de terreno plantada de algunos árboles frutales. Habíanse sentado en el suelo, y charlaban razonablemente. Ella le aconsejaba con gran amistad, a la vez maternal y tierna. Hízole mil preguntas sobre su vida, sobre lo que pensaba ser más tarde,